La autoridad del fracaso

Hacia una genealogía de la inconformidad

Ezequiel Vazquez Grosso. Escritor y periodista. Sus trabajos fueron publicados en Rosario12, Cultura Colectiva y Revista Anfibia. Trabajó como editor para la revista Qué Sapa y como productor para el programa radial Laboratorio Político. Actualmente se encuentra finalizando la carrera de Ciencias Políticas (UNR).

Resumen

Desde que Marx intuyera, tempranamente, que la liberalización de la economía no produciría la armonización social sino que, por el contrario, profundizaría las desigualdades, sabemos que la lengua del capitalismo nos habla acerca de ganadores y perdedores. El neoliberalismo, por su parte, en su tarea de optimizar los sistemas de diferencias, complejiza la figura del desposeído dando lugar a otra de connotaciones mucho más

íntimas y subjetivas: el fracasado. Abordar el exitismo que proponen las actuales formas de subjetividad dominantes y presentar una alternativa al modo de entender el fracaso, haciendo una genealogía etimológica de su uso, serán parte de los problemas a considerar.

Fracasados del mundo, uníos

El siglo XX, mirado desde la óptica del movimiento obrero, es el siglo del fracaso. Fracasó la Unión Soviética, el experimento más grande de un socialismo que se quiso real. Fracasaron los movimientos insurreccionales de América Latina. A la postre, este doble fracaso supuso, como contraparte, una victoria: la de la economía neoliberal globalizada. En el caso argentino, el problema del neoliberalismo ligado al fracaso de un modelo de acumulación que se sostuvo con un determinado modelo social y un determinado arte político tiene una ejemplaridad notable. El shock del que tanto habla Klein (2008) supuso la desaparición forzada de 30000 personas, la pérdida de derechos adquiridos, un violento proceso de desindustrialización que, a la par que le quitaba poder adquisitivo a la clase trabajadora, le imprimía a la economía una nueva lógica basada en la especulación financiera. No sólo fue un fracaso de una determinada manera de hacer política de una serie de organizaciones que se impusieron como tarea la disputa del monopolio de la violencia legítima por parte del Estado sino que supuso la instauración de un modelo excluyente, con nuevas lógicas de pertenencia y nuevos patrones de dominación. Para el caso de la Unión Soviética, tal como planea Badiou (1990), el proceso fue corroyendo los fundamentos en los que se fundaba el marxismo como garante de la Historia. Por una parte, la idea de un estado victorioso, por la otra, la forma de lucha por la liberación nacional y, por último, el movimiento obrero organizado en torno a la doctrina marxista-leninista. Como contraparte de aquello, el lobby norteamericano imprimiendo a esa derrota la victoria de los Estados Unidos como garante mundial de la economía liberal de mercado, ubicaron a ésta como un modelo exitoso, capaz de sobrevivir a todas las calamidades.

Hablar de fracaso supone no sólo asumir la espectralidad que deambula en nuestro presente sino poder hacer narrable la historia que supuso esos fracasos, poder fundar una autoridad que emane del fracaso mismo, y no porque la historia se encuentre de nuestro lado en el determinismo de su desenvolvimiento sino porque si hubo fracaso es porque hubo resistencia. La tarea, por lo pronto, es dejar de entender al fracaso como

una falta en lo propio necesaria de corregir o colmar sino comprenderlo, en cambio, como la cristalización de una inconformidad para con lo que nos rodea. Fracasamos porque proyectamos otros modos de vida que no encuentran una resolución estable pero fracasamos, sobre todo, porque no nos refugiamos en la conformidad fría y distante de lo doliente e insistimos en la conjura de lo que nos domina.

Desde que Marx dijera, tempranamente, que la liberalización de la economía no produciría la armonización social sino que, por el contrario, profundizaría las desigualdades, sabemos que la lengua del capitalismo nos habla acerca de ganadores y perdedores. Sabido es que estos agentes de las ganancias y las pérdidas no sólo se encuentran al interior de cada Estado Nación, sino que también pueden ubicarse entre los propios Estados Nacionales, donde la expansión del capital y su rapiña contribuyen a la creación continua de naciones perdedoras, de naciones deudoras a nivel mundial. La historia del capitalismo es, desde siempre, una historia en la que los ganadores y los perdedores son los principales protagonistas.

¿Qué decir acerca de los ganadores y los perdedores, de los exitosos y fracasados, en el neoliberalismo? Al menos desde Foucault podemos entender que la "optimización de los sistemas de diferencias" es una tarea cabecera de las políticas neoliberales en la gestión diferencial de las desigualdades. La construcción de lo precario, del desempleado, del pobre, del trabajador pobre –dice Lazzarato- apunta a fragilizar no sólo al individuo que se encuentra en esta situación, sino también, de manera evidente y diferencial, a todas las posiciones del mercado de trabajo (2006:14). Si el capitalismo clásico fue una práctica económica, política y social que multiplicó a los desposeídos a lo largo y a lo ancho de todo el globo, en su forma neoliberal la figura del desposeído se complejiza en sus atributos dando lugar a otra figura de connotaciones mucho más íntimas y subjetivas: el fracasado.

Si las políticas neoliberales instauran una división social de suma cero, en la que los ganadores se llevan todo y los perdedores quedan al borde del abismo; si el lazo social, siempre endeble, se quiebra de modo generalizado y el mercado como ordenador de lo social da por supuesto una batalla individualizada; si el espectro de la desocupación, siempre previsible, hace que al mismo tiempo que cada vez somos más eficientes corremos el riesgo de perderlo todo ¿Por qué no hacer de la pérdida una fortaleza? ¿Acaso aquellos que no han tenido nada que perder no han sido desde siempre aquellos que, por esa misma razón, tienen todo para dar? ¿Por qué no entender

el fracaso como aquello capaz de agujerear la autoridad que emana desde el éxito? En un mundo en el que ocho personas poseen riquezas equivalentes a la de cientos de millones nos demuestra que los fracasados del sistema conforman la mayoría. Por esta misma razón, debemos renovar la consigna: fracasados del mundo, uníos.

Un modelo exitoso para sujetos exitosos

La economía neoliberal globalizada se presenta, sin lugar a dudas, como un modelo exitoso. El éxito del neoliberalismo, pareciera ser, viene del hecho de que ha podido contra todos los males, ha podido derribar todas las barreras, ha podido imponerse a pesar de los avatares: encuentra de su lado a la historia. Las resistencias al modelo, por lo pronto, se presentan como autoritarias, restrictivas de la libertad, cuando no amenazantes de cualquier tipo de orden posible. La norma neoliberal indica que cuanto más abiertos nos mostremos, cuantos más escollos logremos traspasar, cuanto más predispuestos estemos a la apertura, al comercio, al intercambio, estaremos mejor, seremos mejor. Porque así como hay modelos, economías, gubernamentalidades, empresas exitosas también hay, por supuesto, sujetos que se afanan, en la economía neoliberal, respecto a su exitismo. Abanderados de la tolerancia y el respeto mutuo, expertos de la transparencia, soldados de la peligrosidad, los exitosos de la economía neoliberal dicen no deberle nada a nadie, dicen fundar su triunfo en la simplicidad de sus movimientos y en el esfuerzo de sus convicciones.

Difícil contradecir que de las diferentes formas que tiene el éxito de presentarse una de las más concurrentes y embriagadoras es la de la publicidad. El éxito tiene sus modelos y sus gurúes que naufragan de pantalla en pantalla y se imponen como marca referencial de cualquier estilo de vida. Dice Coetzee, respecto a la forma publicitaria que presenta la imagen de un producto junto a la imagen de un modelo y un texto que los vincula:

> Este tipo de publicidad tiene el fin de establecer un vínculo –el de la compra- entre el producto y el consumidor. En consecuencia, la necesidad de un tercer elemento en esa transacción –el modelo o la modelo- no es de ninguna manera evidente. Sin embargo, las técnicas de publicidad parecen haber demostrado que, al menos en ciertos casos, es más eficaz la imagen del producto *mediado* por la imagen de un consumidor idealizado. (2015:250)

Y más adelante, concluye:

El deseo triangular es esencialmente vicario. En la literatura, los ejemplos más importantes de deseo vicario son Emma Bovary y don Quijote. No solo imitan el comportamiento externo de los modelos que hallan en los libros, también permiten que esos modelos definan sus propios deseos [los de Emma y don Quijote]. Así, en su caso, no hay simplemente un sujeto deseante y objeto deseado, hay además un tercer elemento que define el triángulo: el modelo que media los deseos de esos personajes. (2015:255)

Al igual que en la literatura, la publicidad encuentra su funcionamiento en la imagen referencial. El modelo de consumidor, en tanto idealizado, opera siempre desde el lado de lo estático, incapaz de revelarnos su secreto. La imagen permanece sin contradicción, no entra en los estados de la negatividad. El proceso mediante el cual el consumidor idealizado fue forjado es algo que se nos permanece oculto. Pensemos en la típica publicidad de *shampoo*, la imagen de una mujer, como ideal de belleza, con piernas firmes y esbeltas, sonrisa clara, tez delicada, nos oculta el trabajo de *photoshop* ejercido por encima de la imagen, las horas de gimnasia en el que la modelo trabajó su cuerpo, las cirugías a las que se sometió, las dietas delirantes que ejerció, los maquilladores profesionales que la embelesaron, los *focus groups* que se hicieron en torno a los gestos a escenificar. Todo el proceso compuesto de contrapesos, de pruebas y errores, de pertenencias socio-económicas, de íntimos fracasos, se nos permanece oculto. Lo que aparece ante nuestros ojos de consumidor es una imagen acabada, cual cristo en su cruz, que nos interpela de un determinado modo: ¿qué has hecho el último tiempo para poder verte como lo hago yo? O, mejor: ¿qué esperas para consumir el producto X y lucir como yo lo hago? Las operaciones que introduce son harto conocidas: el consumidor no llega, no cumple, se frustra, queda siempre insatisfecho.

A las complejidades que desde hace varias décadas traía consigo la imagen publicitaria se suman hoy día el trabajo desde la imagen que se produce, también, del lado de los consumidores. Tal cual venimos afirmando, el fracaso es un abanico amplio en el que caben no sólo aquellos que son arrojados del mercado laboral sino aquellos que no logran "cumplir" con las expectativas que los modelos exitosos introducen. La exposición a la que nos vemos continuamente interpelados, a hacer públicas nuestras más íntimas andanzas, también hace del éxito un modo de espectacularización, una visibilización que cuantifica a través de los me gusta, de los *followers*, de los *retweets*, cuánto éxito somos capaces de cosechar. La indiferencia hacia nuestros *estados*, expone

nuestras debilidades, nos hace vulnerables, nos deja expuestos al fracaso.

Ahora bien, ¿cuál es el peligro que introducen estos modelos de éxito?

Bien sabemos que el empresario de sí mismo, el *self-made man* es, por antonomasia, un sujeto exitoso, un hombre, una mujer, que se ha sabido desenvolver en las arenas movedizas del mercado y ha logrado convertirse, en un marco de "igualdad de oportunidades", en un *primus inter pares*. Es un hombre, una mujer, que ha sabido hacer con los capitales que posee, ha logrado una posición social. Su status no sólo está definido por el dinero del que dispone sino con toda una serie de habilidades que maneja, con toda una serie de atributos, *naturales*, que ha sabido explotar. Si la publicidad parece haber demostrado que el consumo es más eficiente acompañando la imagen del producto mediado por la imagen de un consumidor ideal, este último es ese sujeto exitoso, un sujeto racista también, que invita a la multiplicidad de las etnias sólo en tanto y en cuanto cumple con la performance de su fluido rendimiento.

También sabemos que este empresario de sí tiene sus prácticas pero es difícil definirlo en un corpus ideológico preciso, no hay decálogo específico sobre el éxito. Al ser trayectorias individuales, la tarea es fabricar continuamente modelos que se ajusten a cada cual. Como los algoritmos de internet, que reúnen nuestras interacciones personales con el objetivo de reclutar nuestros hábitos de navegación y hacer eficiente nuestra *búsqueda*, el *coaching* empresarial, los libros de autoayuda, los manuales de recursos humanos, son los posibilitadores desde donde la experiencia más íntima, personal, es capaz de revelarnos las claves del éxito. Sabemos, también, que el emprendedor es alguien que compite consigo mismo porque el temor al fracaso lo acecha constantemente. Porque si todos los hombres y mujeres somos iguales ante la ley, si a todos se nos reconoce como seres humanos, la diferencia que promueve el liberalismo sólo se establece mediante el éxito, un ordenamiento que hace de la meritocracia su más loable compañera.

El problema, sin embargo, es otro. El problema reposa, digamos, en una cierta *naturalidad* que se invoca a la hora de nombrar al éxito, a los cuerpos en los que se encarna, a las caras con las que se nos revela. Como la vieja y tan actual idea de progreso, donde todos los países del mundo se encaminan hacia una misma dirección, donde la linealidad del tiempo permite definir países *desarrollados* y *sub-desarrollados*, países del *primer* y del *tercer mundo*, el éxito pareciera estar reservado a aquellos que siguen los designios naturales en los que el mundo se mueve. La autoridad del éxito

liberal, podemos decir, a grandes rasgos, proviene no sólo de su victoria –siempre relativa- respecto a los modelos no liberales, proviene no sólo de esa propulsión a lo perfectible, al rendimiento personal, sino que proviene, sobre todo, de la esencia misma del liberalismo como arte de gobierno, aquél éxito que se adjudica el liberalismo en poder leer, interpretar, la *naturaleza* de lo mercantil y transformarse en un campo de veridicción, tal cual lo expone Foucault (2016) en su últimamente tan interpelado curso.

De ahí que dentro de las diferentes instrucciones para el sujeto que desea ser exitoso, la capacidad de adaptación, el flujo, las habilidades socio-emocionales que invocan la amabilidad, la transparencia, el *buen* carácter, se encuentren como una capacidad a explotar, como una manera de encontrar la verdad sobre sí mismo. De ahí, también, que el fracaso se relacione no sólo con lo estanco, con lo débil, con lo poco dinámico, con una mala administración de los recursos, sino con aquello que interrumpe, que intoxica, que inmoviliza la verdad del éxito. Si el éxito tiene una verdad que revela, una verdad que, sin embargo, le es vedada a aquellos que fracasan, justamente, esa verdad es la verdad del liberalismo. Y esta verdad, lo más problemático de esta verdad, es que al ser anunciada por el mercado, por un mercado que a pesar de no ser considerado natural sí se lo naturaliza, responde a una verdad que si bien no es emanada de la propia naturaleza sí lo es de un mercado de algún modo naturalizado, imposible de detener en sus consecuencias. El liberalismo, cada vez que habla de éxitos, cada vez que habla de fracasos, habla desde una *verdad naturalizada*, capaz de establecer su propia justicia, capaz de colocar la meritocracia como el sistema diferencial de diferencias más justo, ya que, después de todo, acaba por ser lo más natural.

A partir de esto, es que se abren una serie de interrogantes: ¿si el sujeto del (neo)liberalismo es un sujeto exitoso y, por lo tanto, un sujeto que excluye, que se ve impelido, en su propia dinámica, a la exclusión, el otro extremo, el sujeto de fracaso, no puede ser, entonces, el sujeto de la resistencia? ¿Por qué entender el fracaso desde las definiciones que promueve el éxito, desde significaciones que lo alinean con la frustración, la disconformidad, el desconsuelo, y no entenderlo desde su lugar de ruptura? ¿Caer en la trampa del éxito no es caer, justamente, en la trampa del liberalismo, en la naturalización de las diferencias?

La autoridad del fracaso

Quizás deberíamos reintroducir la figura del Quijote, porque es en esa novela que retrata la vida de aquél personaje vicario donde el verbo *fracasar* aparece en uno de los primeros registros en la lengua española. En el capítulo XXV, dice Quijote: "Así que me es a mí más fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, *fracasar* armadas y deshacer encantamientos" (Cervantes, 2004:235). Aquí el uso de fracasar todavía corresponde con su prosapia proveniente del romance italiano, *fracassare*, cuyo significado se aleja sobremanera de aquél que da la actual Academia Española como lo contrario de la victoria, sinónimo de frustración, aquella definición sobre la que se sostiene el sistema diferencial de diferencias respecto a los ganadores y fracasados.

En una suerte de continuidad sinonímica, podemos ya conjeturar el significado de fracasar junto con la serie de verbos que nos ofrece la voz del Quijote: hender, descabezar, matar, desbaratar, deshacer. Y es que en su acepción italiana *fracassare* tiene su raíz etimológica en *fra* (en medio) y *quassare* (batir, golpear, sacudir), semejante al latín *interrumpere*: *inter* (en medio) y *rumpere* (romper). Esta amistad entre *fracasssare* e *interrumpere* se mantiene en la lengua francesa, donde *fracasser* significa tanto "romper en mil pedazos", como "interrumpir", como "robar rompiendo una puerta o ventana", un modismo que también se utiliza en la lengua española no ya desde el verbo fracasar sino desde el verbo interrumpir: interrumpir en una morada, lenguaje casi policíaco, sería el equivalente al *fracasser* como el robo mediante el destrozo de las entradas. Otra manera de hacer etimología con el verbo italiano *fracassare* también nos habla de rupturas y quiebres mediante la unión de *frangere* (fragor) y *quassare*, genealogía que nos permite vincular el término con otros semejantes como *naufragio*, *fragmento* o *fractura*.

Ahora bien: en la lengua española el verbo fracasar encontró su uso doméstico como "partirse al medio", "estar en medio del golpe", "encontrar quebrado el proyecto", todas definiciones que postergaron su potencia interruptora y lo fijaron a su antónimo triunfalista. Aquél que fracasa comenzó a emparentárselo con la frustración, con las argucias del perdedor, con el "malogro o resultado adverso en una empresa o negocio", con aquellos personajes sobre los que habría que trazar una prudente distancia, tal cual nos refiere el refrán, tan capacitado de revelar verdades: "el éxito tiene muchos padres

y el fracaso ninguno"

Resignificar el verbo fracasar desde su atávica manera nos advierte sobre las posibilidades que este hijo de la orfandad puede poner en juego. Al estar siempre en medio de un tumulto, de una fragua, un naufragio, un fragmento, el fracaso, en su "estar partido al medio", en "su estar en medio del golpe", ¿no devela, por esa misma razón, la fractura, lo disyunto, lo disfuncional de toda época? ¿Fracasar no es, justamente, aquella acción de interrumpir en una morada destruyendo aquellos accesos que se nos presentan tapiados y, de ese modo, abrir, también, una posibilidad de salida (*exit*), que sólo pareciera estar reservada al *éxit*o?

Entendiendo el fracaso de este modo es que estaríamos en condiciones de fundar una nueva ética, una nueva autoridad del fracaso. Fracaso como ruptura, como estrategia de quiebre que, en su misma condición de fragua, encuentra su suerte no en la permanencia de las salidas, la manera estática del éxito, sino en el agujerear continuo de aquellas entradas que se encuentran vedadas, aquellas entradas que, como *Ante la ley* de Kafka, se encuentran resguardadas por guardianes, por infinitos centinelas que se introducen en aquel espiral hecho de puertas, tras puertas, tras puertas, tras centinelas, tras centinelas, tras centinelas. El agente del fracaso es, desde entonces, no el agente de la pérdida, de la conformidad para con la clausura, sino el agente de la inconformidad ante lo que el *éxito* nos muestra como posible y natural.

Inconformidad no es estado de infelicidad como la insatisfacción. Si la insatisfacción se queja por el mundo que tenemos o por algo que la vida no nos da, inconformidad insiste como deseo que se suelta de lo existente. El deseo llega de visita a las formas, las habita, atraviesa sus extensiones, pero no quiere quedar atrapado a ellas. (…) Inconformidad no es reacción del alma frustrada. No deviene del desencanto ni deriva de la desilusión. Frustración, desencanto, desilusión, son reclamos de la conformidad decepcionada. La decepción es venganza de creyentes que sienten sus expectativas estafadas. Inconformidad respira un aliento sin fin, un movimiento en el que el deseo se inspira y se disuelve en el aire. (Percia, 2011:10)

Traspasar la queja uniforme en la que el éxito nos coloca y transformar esa potencia muda en el coraje del fracaso y su inconformidad. Fracaso no es frustración, aquella pedagogía negativa que nos invita a clausurar las fronteras por inoperancia o incapacidad. El fracaso tampoco es aquella mácula que se introduce en aquél camino tortuoso en que los fracasos van amontonándose sino, en todo caso, la mancha que

va acumulándose en torno al éxito. No es la manera estática del *fracasado*, aquella forma sustantiva en que el fracaso se clausura, del mismo modo que se clausuran definitivamente los rangos en las escalas jerárquicas corporales que proponen los consumidores ideales. *Fracasar*, en su forma verbal infinitiva, nos alienta, por el contrario, a darle una continuidad a las formas sin formas de la inconformidad. El fracaso es, justamente, aquél gesto que quiebra la supuesta naturalidad con la que se funda el éxito, aquello que viene a decir, más bien, que el éxito, que toda vez que el liberalismo habla del éxito, lo hace para invocar una cierta naturalidad que sólo se encontraría de su lado.

Este es el momento propicio, entonces, para hablar sobre la autoridad del fracaso. Porque si hasta ahora nos hemos servido de insumos literarios, es hora entonces de rescatar del olvido (aquél olvido al que nos somete el éxito, siempre implacable en los mapeos de sus salidas) la noción de la autoridad del fracaso. Quizás haya que recordar a Fitzgerald, cuando decía, en referencia a Hemingway, que mientras éste hablaba desde la autoridad del éxito, Fitzgerald lo hacía desde la autoridad que le daba el fracaso, la autoridad que le daba escribir una y otra vez y fallar en el cometido, aquella misma autoridad en la que Beckett fundó aquél apotegma que tanto circula en las redes sociales: fracasa, fracasa cada vez mejor. Porque la autoridad no puede emanar solamente del éxito, el fracaso también debe fundar su autoridad, debe emitir su *verdad*, develar las condiciones que hacen posibles determinados éxitos, cartografiar los parámetros en los que el éxito se mide.

Bien puede objetársele a la autoridad del fracaso que, mediante su insistencia en el giro, pueda promover una apología de la derrota. A esto puede respondérsele que, por el contrario, la profunda derrota del marxismo, de nuestros gobiernos populistas más recientes, consistió, más bien, en su profunda visión victoriosa, en su profunda visión *progresista*, en su incapacidad para observar que toda política, todo ordenamiento posible, deseable, tiene una relación intrínseca con el fracaso, con lo inconcluso, con lo inconforme. El mismo proyecto liberal ha encontrado el fracaso, una y otra, una y otra vez. Y si el neoliberalismo es la respuesta a un cierto fracaso liberal, es porque la única victoria posible se encuentra atravesada por el fracaso, por fracasar cada vez mejor, por no obturar la realidad en términos de resultados. En todo caso, la autoridad del fracaso se dirige, más bien, a exprimirle una potencialidad a un término que en la actualidad pareciera corresponder con la inmovilidad o, en las antípodas de su positividad, con el

intento perseverante de la acción con el único objetivo del éxito. Si bien fracasamos con el objetivo de vencer, introducir una apuesta política que, a la manera de Badiou, pueda ser sujeto del fracaso y no su objeto, una apuesta política que entienda que no hay éxito absoluto así como tampoco hay fracaso absoluto, sino que los términos se contaminan uno a otros.

¿Sin ese mantra de la victoria pudo el marxismo haberse convertido en la fuerza que significó para el siglo XX? Sin lugar a dudas la respuesta es negativa. Pero de lo que se trata, ahora, es de darle esa fuerza, esa autoridad al fracaso. No se trata de hacer posible lo imposible. No se trata, tampoco, en su versión edulcorada, de hacer posible lo necesario. Se trata de hacer imposible lo posible. Sabemos que vamos a fracasar. Y es por eso que resistimos. ¿No hay certeza más grande que esa? ¿No es esa, acaso, la certeza de la locura? ¿No es la locura, acaso, en la que se funda toda decisión?
Fracasados, locos del mundo, uníos.

Bibliografía

Badiou, A.(1990). *¿Se puede pensar la política?* Buenos Aires: Editorial Nueva Visión

Boltanski, L. y Chiapello, È. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo.* Madrid: Akal

Cervantes, M. (2004). *Don Quijote de la Mancha.* San Pablo: Alfaguara

Coetzee, J.M. (2015). *Cartas de navegación. Ensayos y entrevistas.* Buenos Aires: El Hilo de Ariadna

Corominas, J. (1976). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana.* Madrid: Editorial Gredos

Csikszentmihalyi, M. (2000). *Fluir (Flow). Una psicología de la felicidad.* Barcelona: Editorial Kaidós

Foucault, M. (2016). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

García de Diego, V. (1985). *Diccionario etimológico español e hispánico.* Madrid: Espasa-Calpe

Groys, B. (2014). *Volverse público. Las transformaciones del arte en el ágora contemporáneo.* Buenos Aires: Caja Negra Editora.

Han, B.-C. (2015a). *La sociedad del cansancio.* Burzaco, PBA: Herder

Han, B.-C. (2015b). *La sociedad de la transparencia.* Burzaco, PBA: Herder

Han, B.-C. (2016). *Psicopolítica.* Buenos Aires: Herder

Illouz, E. (2007). *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo.* Buenos Aires: Katz

Klein, N. (2008). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre.* Buenos Aires: Paidós

Lazzarato, M. (2006). *Políticas del acontecimiento.* Buenos Aires: Tinta Limón

Navarro, M. (2014). *Desconstrucción del marxismo.* Rosario: UNR Editora

Percia, M. (2011). *Inconformidad. Arte política psicoanálisis.* Lanús: Ediciones La Cebra

Pianigiani, O. (1906). Vocabolario etimologico della lingua italiana di Ottorino Pianigiani. Segati: Società editrice Dante Alighieri di Albrighi. Disponible en: http://

www.etimo.it/?cmd=id&id=7224&md=bffd785a422889d1787ec42db31782e3Rosanvallon, P. (2013). *Sociedad de Iguales.* Buenos Aires: Manantial